

## Feltrinelli

(Guillermo Gracia Santos, Aitor Iturriza Mendia y Nacho Nava Laiz,  
Altamarea, 2025)



GIORDANO PANOSETTI

*Universitat de Girona*

[u1998535@campus.udg.edu • <https://orcid.org/0009-0001-6580-0805>]



En 1967, poco después de la muerte del «Che Guevara» en Bolivia, Giangiacomo Feltrinelli publicó la foto, entonces inédita, de Alberto Korda: *Guerrillero Heroico*. El fracaso de la guerrilla boliviana tuvo enormes repercusiones en todo el continente latinoamericano durante los siguientes años, especialmente para quienes, en el símbolo del incansable revolucionario argentino, habían construido sueños y estrategias políticas. En apenas una década, la mayoría de las guerrillas latinoamericanas fueron derrotadas. Pero aquella foto no. Esa se volvería icónica y trascendería de generación en generación hasta hoy.

El retrato de Korda se convirtió en parte integral de las imágenes y de los imaginarios compartidos de una generación global que había intentado, y en algunos momentos alcanzado, un «asalto al cielo».

Feltrinelli lamentaba, de una forma que probablemente eludía la realidad, el no haber podido cambiar el destino del Che. Ese sentimiento de impotencia, ligado a su papel de sujeto y editor revolucionario, lo impulsó a la publicación inmediata de la primera edición de los *Diarios del «Che» en Bolivia*. Un trabajo editorial magistral, un acto político visionario que, quizá sin plena conciencia, se estaba convirtiendo y se convertiría en una monumental obra histórica e iconográfica. Feltrinelli no había salvado al Che, pero había contribuido como nadie a difundir su imagen y la carga simbólica que esta llevaba, inevitablemente, consigo. Una imagen convertida en Historia.

Esta Historia, cuya validez no se mide solamente por la capacidad de ensamblar fragmentos del pasado y dotarlos de sentido en una forma más o menos coherente en el presente. La historiografía tiene y debe tener las herramientas pedagógicas y

didácticas destinadas a reconstruir visualmente espacios, tiempos, actores y protagonistas del pasado. Las imágenes generadas traspasan su perímetro de cristalización y construyen un marco de significado en secuencia visual. La verdadera posibilidad de crear esa relación orgánica con el pasado histórico, que rompe las constricciones de un cierto «presente permanente», puede conseguirse a través de la capacidad historiográfica de estimular al espectador en la búsqueda de una sintonía y sincronía entre su tiempo y el tiempo de las imágenes.

Este es el objetivo que el ilustrador Nacho Nava, junto con el historiador Guillermo Gracia y el guionista Aitor Iturriza, han pretendido alcanzar con la historia de Giangiacomo Feltrinelli: sacarlo del nicho, darlo a conocer fuera de los círculos académicos. Y es el cómic la herramienta utilizada para ese fin. Una obra cuya primera edición ha sido publicada en abril de 2024 en la colección Marea Gráfica de la editorial Altamarea y que también ha sido editada en Italia, ese mismo año, por la editorial Pendragon. Puede resultar sorprendente que el primer cómic dedicado a la biografía del editor italiano haya sido publicado por una casa española. Sin embargo, esto encaja perfectamente con la propia identidad de Altamarea, editorial fundada en 2018 como «un puente cultural y literario entre Italia y el universo hispanohablante».

La obra, estructurada en cinco capítulos, narra los acontecimientos comprendidos entre 1956 y 1972, siguiendo un orden cronológico y centrando en cada sección principal cinco momentos o fase claves –tanto políticas como editoriales– de la vida de Feltrinelli. Los únicos saltos temporales son algunos flashbacks sobre su muerte, que aparecen al comienzo de la historia y antes del viaje a Bolivia, en el tercer capítulo. El estilo gráfico, en blanco y negro, sin matices de gris, puede parecer crudo y, sin duda, muy marcado. Probablemente esta elección es un reflejo de la narrativa sobre Giangiacomo y los hechos históricos de su época, caracterizados por escasa tendencia a la mediación.

El cómic se convierte en una gran herramienta del historiador y de su oficio. El noveno arte es un medio comunicativo dotado de dispositivos lingüísticos y expresivos que funcionan como elemento de conexión entre la capacidad narrativa, el arte del dibujo y el trabajo historiográfico. El *storytelling* y la *Graphic novel*, contruidos a partir de fuentes historiográficas primarias y secundarias, nos parecen particularmente adecuados para narrar las historias y la biografía de Giangiacomo Feltrinelli en una secuencia de dibujos y viñetas.

La suya ha sido una vida contradictoria y dialéctica. Hijo de una de las familias más ricas de Milán, millonario con vocación comunista y revolucionaria, elige primero la edición y luego la clandestinidad como instrumentos de compromiso para codificar y transformar la realidad. Una trayectoria biográfica que puede evocar ciertos romanticismos, pero que no debe desviarnos de la verdadera cuestión: la elección de la vida política, la elección de la politicidad de la vida.

La mañana del 14 de marzo de 1972, su cuerpo, irreconocible, fue hallado en los campos de la periferia milanesa. Mucho se ha dicho sobre los hechos, mucho se ha especulado sobre su muerte. El Partido Comunista Italiano —el mismo que, a finales de los años setenta, ya muerto Giangiacomo, presionaría para un profundo cambio político en la línea editorial de Feltrinelli— interpretó la noticia como parte de la «estrategia de la tensión» de los aparatos de Estado y del gobierno de la Democracia Cristiana.

Dos semanas después, el 26 de marzo, el grupo de la izquierda extraparlamentaria *Potere Operaio*, marcando un cambio de dirección, reivindicó la vida del genio editorial que había dado a conocer al mundo obras como *El Gatopardo* o *El Doctor Zhivago*: «Ha muerto un revolucionario». El mismo que había viajado a Bolivia a intentar salvar el Che; que se había entrenado en Cuba y conocido personalmente a Fidel Castro. El mismo que, con sus publicaciones, había animado los debates político-teóricos entre Italia y América Latina.

El mismo que había visto y actuado en favor de un horizonte político, posible, de cambio histórico durante un periodo concreto del siglo XX.

En el largo 1968 en Italia la subversión social, la revuelta existencial y el conflicto de clase alcanzaban picos anómalos para un país de capitalismo avanzado. En aquella fase crucial no se trataba tan solo de reconstruir los hechos —al menos no en este momento—. Más bien, una vez más, lo que importaba eran las imágenes y qué hacer con su poder evocador. Giangiacomo Feltrinelli murió como lo que era: un revolucionario.